



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

VIERNES 15 DE SETIEMBRE DE 1871.

NÚM. 85.



ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores de provincias que se hallan en descubierto con esta Administración, se sirvan renovar sus suscripciones ó nos veremos obligados á dejar de remitirles el periódico.

LA LUZ.

¿La vida cristiana es una antítesis de la vida mundana? ¿En qué sentido empleamos la palabra *mundo*? ¿El protestantismo es tan fanático y tan intolerante que absorbe al cristiano en Cristo como el brahmanismo absorbe al indio en Brahma? ¿Vida cristiana y vida humana son dos círculos concéntricos ó son una antinomia viva, perpétua é irreconciliable?

Nada de eso. ¡Desgraciado del cristianismo si negara el fin humano de la vida! Entonces habia que creer que no era revelado, que era una teoría puramente humana y destinada á vivir mas ó menos tiempo. Porque la vida tiene dos fases; el destino celeste y el destino terrestre; lo de este lado de la tumba ó lo del lado de allá. ¿Qué se hace aquí? Preparar el destino de allá bajo el punto de vista religioso, y bajo el humano cumplir la ley del trabajo formulada en aquellas palabras del Eterno: «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.»

De aquí nacen todos los *órdenes humanos* de la vida. Sin el trabajo no hay nada, nada absolutamente. Tienes la cabeza inclinada, piensas; estás trabajando. Modelas la materia, la das una forma cualquiera, eres artista; estás trabajando. Mueves una máquina, construyes algo, das vida á una industria; estás trabajando. Eres Stephenson y has ideado la locomotora; has trabajado; eres Watt y has descubierto el vapor; has trabajado; eres Franklin y has aprisionado el rayo; has trabajado noblemente. De toda la inmensa suma de trabajos humanos, los unos mas mecánicos que los otros, salen la arquitectura, las industrias, los oficios manuales, la literatura y otros mil. La ciencia coje á unos por su cuenta y el arte á otros, y hé aquí dividido en dos grandes grupos el trabajo del hombre. La ley del trabajo se cumple así, es

decir, una de las leyes de Dios. Y esa misma condenación terrestre del trabajo lleva ¡oh benévola Providencia! en sí misma su propia recompensa, pues produce el progreso, es decir, el mejoramiento paulatino y lento de la suerte del hombre en la vida.

Ahora bien, ¿quién habria que se atreviese á negar que en la vida cristiana no cabe lo que venimos llamando vida humana? Si no cupiera, la vida cristiana no seria tal, porque el desprecio á un orden de la vida envuelve desprecio al cristiano. Esto han hecho los frailes, las monjas, los reclusos de todos los tiempos. Menospreciaron el fin humano; echaron sobre las espaldas de los demás hombres todo el trabajo de la vida y ellos cayeron en extásis absurdos, en monomanías extravagantes. Simeon el Stilita pretendiendo ganar el cielo por pasar su vida en una posición horriblemente incómoda subido sobre una columna, me parece un loco de los infinitos que han hecho las exajeraciones católicas.

Otra cosa distinta de la vida humana es la vida mundana. Esta vida es la que no cabe dentro de la vida cristiana. El mundo para nosotros es todo lo que se separa de Dios y de su ley escrita que es el Evangelio; el pecado en una palabra. Vicio, pasiones estraviadas, culto á la materia, amor á los goces materiales desordenados é ilícitos, esto no entra ni en la vida cristiana ni en la vida humana. Esto lo rechazamos y lo rechazaremos siempre. El cristianismo es enemigo del mundo en este sentido.

La vida mundana es una perpétua distracción de las cosas de arriba, un encantamiento ficticio que dura poco tiempo. Es la tierra mirada á través de cristales de colores. Y esta ilusión, como todas, no dura mas que lo que duran los castillos maravillosos que el espejismo levanta ante los ojos del viajero del desierto; un minuto. Se gasta el cuerpo y se agotan los sentidos; ¿y qué se encuentra en el fondo de aquel cieno? Hastío, cansancio. Los sentidos gritan «bastante» y el alma cae herida como los gladiadores del imperio. Si no se acude á tiempo, muere en vida. La vida cristiana es la antítesis de todo esto. Paz, tranquilidad, alegría, porque la alegría «es el fruto del Espíritu», amor, fé, fraternidad, buena voluntad, humildad, es decir, un pequeño cielo dentro de un hogar modesto. Escojamos, pues.

LA TRANSUBSTANCIACION.

V.

Probaremos en este último artículo, únicamente con pasajes de la Escritura, la falsedad de este dogma. La Palabra de Dios le rechaza y le condena enérgicamente.

El apóstol Pablo dice en el cap. xi, vers. 26, 27 y 28 de la Epíst. 1.^a á los Corintios: «Porque todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga. De manera que cualquiera que comiere este pan ó bebiere esta copa del Señor indignamente será culpado del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno á sí mismo y coma así de aquel pan y beba así de aquella copa.» Tres veces nada menos escribe el apóstol la palabra pan, lo que prueba que estaba perfecta y profundamente convencido de que lo que Jesucristo ha dicho ser su Cuerpo, metafóricamente hablando no era, ni habia sido antes, ni podía llegar á ser despues por la consagración ni por ningún otro medio, mas que pan y solamente pan.

La cuestión es sencilla y clara. O la palabra *pan* se toma en su sentido material ó en sentido figurado. Si se toma en el primer sentido el pan será siempre pan y no el Cuerpo del Señor; si en el segundo, y los que esto afirman tienen que hacerse la ilusión de que tres veces repetidas el apóstol emplea esa palabra en un sentido metafórico, hay que achacar mala fé á los que lo sostengan, porque explicando las palabras de Pablo por aquellas otras de Jesucristo, «Este es mi Cuerpo», hacen á Jesús el espositor de Pablo, lo que es falso y absurdo. ¿No fueron los apóstoles los espositores y los comentaristas de la doctrina del Crucificado? Los espositores de doctrinas suelen hablar breve y concisamente, pero luego vienen los discípulos y amplían y desenvuelven aquellas doctrinas. Esto que es verdad en el orden humano, ¿no lo es aquí tambien? Si Pablo hubiese estado convencido de que la palabra *pan* significaba el *Cuerpo* de Cristo, ¿no lo hubiera dicho explícitamente para que los cristianos futuros no viviesen en un error lamentable y profundo?

San Juan, en el cap. xvii vers. 11, dice: «Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo y yo á ti vengo. Padre Santo...» En este pasaje, estando próximo á la muerte, Jesús ha-

bla como si ya hubiese partido de la vida. El Cristo dice terminantemente que Él no está en el mundo sino que Él ha ido á reunirse con su Padre Santo. ¿Lo entiende la Iglesia romana? Comprendemos que esta Iglesia no quiera escuchar las palabras del Divino Maestro porque es muy cómodo y dá mucha autoridad eso de disponer de Dios á todas horas y de traerle y llevarle á su antojo. Hay muchos pasajes en los Evangelios que tienen el mismo sentido que es anteriormente transcrito. «Un poquito y no me vereis, y otra vez un poquito y me vereis: porque *yo voy al Padre.*» (Juan, xvi, 16.) «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasase de este mundo al Padre...» (xiii, 1.) Cien citas mas pudiéramos aducir contestes todas en la idea de que Jesús había de abandonar y abandonó en efecto el mundo para reunirse con su Padre celestial.

Y prueba de que esto es cierto y de que Jesús no pensaba descender al mundo bajo ninguna forma, es que prometió á sus apóstoles el Espíritu Santo. Si Él pensaba bajar á la tierra, ¿á qué esta promesa de enviarles el Santo Espíritu para consolarles é iluminarles? Si Él iba á estar de continuo en la boca y en el cuerpo de ellos bajo la forma de pan ó en la hostia, ¿á qué prometerles el Santo Espíritu y despues enviárselo? Era esta una redundancia verdaderamente inútil.

Hay otro testimonio que debemos citar tambien por lo claro y evidente. San Pedro, en los Hechos, cap. iii, vers. 20 y 21, dice: «Y enviará á Jesucristo que os fué antes anunciado, al cual de cierto es menester que *el cielo tenga hasta los tiempos de la restauracion de todas las cosas*, que habló Dios por boca de todos sus santos profetas que han sido desde el siglo.» ¿Quiere mas el catolicismo? El comentario es escusado. Háganle los católico-romanos, y si no quieren todavia entregarse á la evidencia que resulta de esta y las anteriores citas les recordaremos aquellas palabras de la Escritura que parecen haber sido escritas solo por ellos y para ellos: «Porque vendrán muchos en mi nombre y os dirán: Yo soy el Cristo; y á muchos engañarán.» O aquellas otras: «Entonces si alguno os dijese: Hé aquí está el Cristo ó allí, no creais.»

Los católicos alegan al cap. vi de San Juan y aducen muchos versículos de él en favor de la transubstanciacion y de la manducacion del Cuerpo de Cristo por la boca. Escusado es decir que tienen el mismo fundamento que cuantos citan en apoyo del sacrilego dogma. El vers. 53 dice: «Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre no tendreis vida en vosotros.» Aquí no se habla de la manducacion material del pan y el vino convertidos materialmente tambien en carne y sangre de Cristo, porque si se hablara, ¿qué hubiera sido de Juan el Bautista? ¿qué del ladrón crucificado? Si nosotros no comemos,—dice un escritor,—la carne del Señor mas que en Sacramento, ¿cuál habrá sido la suerte de tantos fieles que no han participado de él? Lo que el catolicismo quiere dar á entender es esto: Comed del Cuerpo de Cristo cuando tengais probabilidad de ello, es decir, por lo menos una vez al año. Y sin embargo, esto es absurdo, porque la misma Iglesia romana dice que el pecador se salva haciendo un verdadero acto de contriccion y sin tomar el sacramento.

«El que come mi carne y bebe mi sangre,—

dice el vers. 54,—tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.» Este pasaje dicen tambien los católicos romanos que se refiere á la manducacion de la hostia. ¿Cómo puede ser esto? Si el que ha recibido el pretendido Cuerpo de Cristo en la hostia es un católico fiel y creyente, se queda sin él porque la Iglesia romana cree que tan pronto como las especies se trasforman en el estómago, el Cuerpo del Señor ya no permanece allí. Si es por el contrario el que recibe el Sacramento un embustero hipócrita ó un criminal empedernido, ¿puede decirse que aunque reciba el Sacramento recibe á Cristo? No: nadie se atreveria á afirmar semejante blasfemia. De consiguiente ese versículo no tiene la interpretacion que le dá la Iglesia romana. Esas palabras, como todas las que puedan referirse al mismo asunto, están tomadas en sentido alegórico y figurado. Jesucristo mismo lo dice: «El espíritu es el que dá vida, la carne nada aprovecha: las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida.» El divino Maestro no pudo hablar mas terminantemente. Sus palabras no dan vida si no están tomadas en su sentido espiritual. La letra mata, el espíritu vivifica.

Nótese á más de todo esto una cosa. En este discurso Jesucristo habla á los judíos caparnaitas, á los cuales no administró nunca la Cena. Si Él les promete en las palabras de este capítulo la Eucaristia, como dicen los católicos, ¿en qué consiste que no les cumplió la promesa? ¿O es que Jesucristo era un taumaturgo que andaba voceando por calles y plazuelas como los titiriteros de nuestros tiempos y se olvidaba al cuarto de hora de lo que cinco minutos antes acababa de decir? Este es el papel que asigna con sus estravios el catolicismo romano al Salvador de los hombres.

Con estas palabras podemos dar por concluido este trabajo. La Biblia, la historia y el sentido comun de la humanidad rechaza este terrible dogma que ha tenido á los pueblos sumidos en eterna oscuridad durante tantos siglos. Este dogma es el gran pedestal que la soberbia humana se ha elevado á sí propia. Muerto el paganismo en que los dioses no eran mas que la representacion del estado social de los hombres, el catolicismo, no pudiendo glorificar el mismo principio en definitiva, el de hacer Dios al hombre, pretendió aprisionar á Dios y hacerle siervo suyo. Pero el velo ya está corrido y las cosas han vuelto á lo que siempre han sido. Ni Dios se ha movido del cielo ni el cura le ha tenido jamás entre sus dedos. Dios perdona á los que han jugado con Él de esta suerte: la humanidad ya ha abierto los ojos y les vá abandonando. De todos los dogmas falsos no quedará uno. Si la misericordia del Eterno les ha tolerado por tanto tiempo ha sido para confundirlos con mas estrépito. El carácter de Dios está magníficamente pintado en aquellas palabras de la Escritura: «Es paciente porque es eterno.»

LOS MÉRITOS HUMANOS.

II.

Confiarse en sus méritos no es otra cosa que desconfiar de Dios. Buscar esta seguridad en nosotros mismos no es otra cosa que no tenerla en la promesa de Dios. Ser justificados por

nuestras obras no es otra cosa en realidad que ser condenados por nuestros pecados. Nos subimos hasta las almenas del castillo de nuestro orgullo y desde allí gritamos desaforadamente: «Aquí he llegado por mis propias fuerzas.» ¡Qué locura! Aquella subida no ha sido mas que un descenso. Hemos equivocado el camino y en vez de hallarnos con los ángeles de Dios nos hallamos con los ángeles de Satanás.

Los niños muertos son el ejemplo mas claro de que nuestras obras no nos salvan, y si los méritos solos de Jesucristo. Ellos no tienen méritos ni pueden tenerlos, y sin embargo á ellos se estiende la adopcion gratuita de Dios y se salvan. Y como quiera que no hay una ley para unos y otra para otros, una para los niños y otra para los adultos, resulta que por todos ha merecido Jesucristo, y á todos nos ha alcanzado la expiacion hecha por él de nuestros pecados.

Dios nos elige desde el cielo para salvarnos. Esta eleccion es por gracia. San Pablo la llama así espresamente—eleccion por gracia.—Dios nos predestina para salvarnos y nos manda desde lo alto su Santo Espíritu, para imprimirnos en el corazon la fé y para hacernos aptos para ejecutar buenas obras. «Dios nos ha elegido en Jesucristo desde la fundacion del mundo, á fin de que seamos santos.» (Efes. i, 4.) Siendo gratuita esta eleccion, llamándonos Dios á su lado únicamente por su amor, claro es que este acto es un libre movimiento de su voluntad y no un mérito nuestro que nos haya hecho acreedores á su gracia. Resulta, pues, que nosotros no hemos merecido esta eleccion que Dios hace de nosotros, ni aun los medios que nos dá para que la alcancemos; ¿cómo pues hemos de haber merecido la salvacion misma? Un padre deja á su hijo pequeño todo sus bienes. Este crece, se desarrolla, estudia, penetra en la sociedad de los hombres. ¿Seria justo si dijese que él cuando nada ha hecho ni podia hacer, cuando su padre le dejaba herencia habia hecho méritos para que se la dejase? De la propia suerte que este hijo debería siempre á su padre todo lo que era, la criatura debe á su Criador cuanto tiene, cuanto es y cuanto vale.

Un escritor cristiano manifiesta los requisitos que son necesarios para merecer.

Seis son precisos, dice.

I. Es preciso que la obra que se haga no se esté en la obligacion de hacerla; porque no hay mérito en pagar sus deudas.

II. Es preciso que uno ofrezca de lo suyo propio, porque á la verdad no hay mérito ninguno en presentar al rey lo que pertenece al rey.

III. Es preciso que la obra que se haga para merecer algo de una persona, le sea útil, le sirva de algo; porque ¿qué podemos merecer de una persona haciéndola una obra que le sea perfectamente inútil?

IV. Es preciso que la obra ejecutada no sea defectuosa, que sea perfecta y que no haya que disimular en ella.

V. Es preciso que haya una proporcion exacta entre la obra y el salario que se quiere merecer por ella.

VI. Es preciso, finalmente, que la cosa que queremos adquirir por nuestros méritos, no la hayamos adquirido de otra suerte.

Estos seis requisitos merecen un estudio y una consideracion especiales.

CONTESTACION AL PADRE CAYETANO.

Tiempos primitivos de la Era cristiana.—Green-cias y doctrinas.—Jerusalem la Iglesia madre.—Fundación de la Iglesia de Roma: su progreso en los primeros tiempos de la Era cristiana: su fé y su doctrina.

La Iglesia de Cristo en los primeros tiempos era una reunion de hermanos muy amados. «Los apóstoles, los ancianos y los hermanos;» así se lee en el vers. 23, cap. xv de los Hechos apostólicos. La doctrina era sencilla y pura, sin fábulas ni errores. Todos recibían la instrucción de Dios y tenían derecho de acudir á la luz divina, la Palabra de Dios, la santa Biblia.

En Cristo se apoyaba el cristianismo primitivo; en Cristo, no en la Iglesia ni en sus ritos; en Cristo, no en apóstol ni otro cualquiera hombre; en Cristo, no en ayunos ni en obras caritativas; en Cristo, no en ángeles ni en santos, ni en otra criatura alguna; en Cristo, cuya sangre lo limpió de todo pecado; en Cristo, su amigo fiel, su abogado tierno é infinito, lleno de toda la plenitud divina para satisfacer cada anhelo del alma inmortal: la iglesia era cristiana, no egoísta, ni papista, ni maríolatra. Amar á Cristo de todo corazón, imitar su ejemplo puro y benévolo, consagrarse á Él con todo lo suyo y vivir para honrarle hablandoles á los pecadores acerca de Jesús que por ellos murió: esta era la vida del cristiano apostólico.

Los apóstoles eran todos iguales, y todos tenían las mismas facultades en el ministerio de la Palabra.

A Jerusalem es debido el imperecedero honor de haber sido la Iglesia-madre, la primera de las Iglesias todas del mundo despues de la muerte y resurrección del Cristo. Los discípulos del Nazareno se dejan ver por la primera vez allí con la sabiduría prometida por Jesús y dada en abundancia por el Espíritu, sabiduría que nadie podía resistir; porque el Hijo rogó al Padre que les diese otro Consolador que morase en ellos para siempre, esto es, el Espíritu de verdad, el cual les había de guiar á toda verdad. Dotados, pues, con muchos dones sobrenaturales, aparecen los apóstoles en la ciudad deicidida secundando á su divino Maestro y repitiendo que aquel Jesús de Nazaret, preso, coronado de punzantes espinas, escarnecido, azotado y sentenciado á muerte; que aquel Jesús á quien señaló Juan el Bautista, y sobre el cual se abrió el cielo y descendió la voz del Padre y del Espíritu Santo; que aquel que al espirar hace conmovérse en su persona una santidad, un poder y una plenitud de gracia de que ninguno antes pudo tener idea. Que era aquel que trató á los hombres con amor y benevolencia como á hermanos; aquel que para inclinar al incrédulo á la fé, lo atraía con el ejemplo de sus buenas obras, y que con humildad sabia soportar al orgulloso y al soberbio.

«La salvación,—gritaban aquellos campeones esforzados,—no tiene precio; es una dádiva gratuita, un favor que se hace al hombre sin merecimiento de ninguna clase por su parte; es un perdón general decretado en favor de todo el que en Él creyere, tan solo por el beneplácito libre de Dios mediante el sacrificio de su Hijo.»

La Iglesia romana pretende que San Pedro fué su fundador. Este aserto no deja de ser una opinión enunciada por primera vez en los últimos años del segundo siglo de la Era cristiana, robustecida con el trascurso de los tiempos en beneficio de la referida Iglesia, y últimamente uno de los artículos de fé que ha añadido á su credo moderno.

En el credo compilado del Papa Pio IV, 1564, pretende la Iglesia de los Papas ser la madre y señora de todas. Ya hemos dicho anteriormente cuál fué la primera de las Iglesias.

Tampoco podríamos, ni aun remotamente, decir que San Pablo fué el fundador de la Iglesia romana. En el cap. xv, vers. 23 de la Epístola de este apóstol á los Romanos, dice así: «No teniendo ya mas lugares en estas partes y deseando venir á vosotros muchos años há, cuando partiere para España vendré á vosotros.» Así escribía el apóstol de los gentiles en el año 58 de la Era cristiana desde la ciudad de Corinto. Asegurar, pues, ó tratar de probar que el referido apóstol fué el fundador de aquella Iglesia es tan pueril como el asegurar que lo fué San Pedro ó que este predicó allí con Pablo el Evangelio. Para el hombre sencillo é iliterato que, oyendo al fariseo, al doctor ó al escriba cree como cierto sin indagar lo que aquellos le aseguran, la invención no carece de sagacidad; empero para los que tienen acceso á la Palabra de Dios, y cual los puritanos y celosos cristianos de Berea examinan con atención, si lo que les es dicho está fundado en la verdad ó está enteramente falto de ella, la primacía de la Iglesia de Roma y la fundación de aquella por el apóstol San Pedro ó por San Pablo, no son mas que opiniones débiles hasta el extremo y apoyadas en muy pobres cimientos.

«Yo ya estoy para ser ofrecido,—dice Pablo en su Epístola segunda á Timoteo, iv, 6, 11;—y el tiempo de mi desatamiento está cercano. Buena batalla he peleado; acabado he la carrera. Procura venir presto á mí: porque Demas me ha abandonado, amando este mundo presente, y se ha ido á Tesalónica, Crescente á Galacia, Tito á Dalmacia: Lucas solo está conmigo.» Se vé, pues, que segun el testimonio del apóstol la residencia de San Pedro en Roma tuvo lugar solamente en la imaginación de algunos escritores; mas no fué así, porque con él en Roma «tan solo está Lucas.»

Sabido es de cualquiera que tenga la mas ligera idea de los sucesos referidos en el libro de los Hechos apostólicos, que en aquellos dias en que inmolaron al Señor, se celebraba la Pascua en Jerusalem. También es un hecho conocido que, perteneciendo la Judea al imperio romano, muchos de los judíos vivían en diferentes provincias del imperio; y lo es aun mas que un gran número de israelitas que habitaban las referidas provincias venían á Jerusalem á orar mientras se celebraba la Pascua. Moraban por entonces, durante la muerte, resurrección y ascension del Hijo del Eterno,—dice la Escritura Santa, (Actos 2, 5)—«moraban en Jerusalem judíos varones devotos de todas las naciones que están debajo del cielo.» Algunos, pues, de estos judíos que estaban en Jerusalem despues que el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles y los oyeron, fueron los que predicaron el Evangelio en Roma, la capital del imperio.

Como antorcha colocada en la cima del mas elevado de los montes, como rosa del valle derramando suave aroma en todas direcciones, así aparecía y se dejaba ver la Iglesia de Roma en los principios de la Era cristiana. «Doy gracias á Dios por Jesucristo acerca de todos vosotros,—decía el apóstol antes de haber ido á Roma,—de que se habla de vuestra fé por todo el mundo. Vuestra obediencia es divulgada en todo lugar.» (1 Rom., viii, 16, 19.)

Despues de muerto Pablo aun el nombre de esta Iglesia era derramado como ungüento precioso en todas partes. Como tórtola hermosa hacia oír su voz en canciones en los átrios de Jehová; y acosada de persecucion, de dolor y sufrimiento también se oía su voz, como de paloma, en las profundidades de la tierra, en el desierto, en los agujeros de las rocas, en lo escondido de las catacumbas, en el cadalso, en el anfiteatro y en los tormentos.

La vida y el acrisolado cuanto puro carácter que la historia aun conserva de varones eminentes é insignes en letras y en virtudes que la Iglesia de Roma en los primeros siglos produjera, son testigos imperecederos de su gloria.

Su doctrina siguió por luengos tiempos siendo alta y legítimamente cristiana: era la misma que sus fundadores habían recibido de los que, instruidos por el Espíritu Santo, les enseñaron, sin misas, ni purgatorios, ni indulgencias, ni culto semi-idólatra, ni doctrina de demonios, sin Papas, ni temporalidades papales; sin otro pontífice supremo que Cristo y con aquella abnegación de las cosas terrenales que enseñó Aquel que no poseyó donde reclinarse su cabeza; no hay duda que la Iglesia de Roma podía con razón afirmar en los tiempos primeros de la Era de Cristo lo que se lee de la Sulamita en el régio cantar del Viejo Testamento: «Yo soy de mi amado,—dice aquella,—y mi amado es mio.»

Que en la Iglesia establecida por el mismo Jesús enseñada por sus apóstoles y conocida por los cristianos primitivos, no se veía la plena manifestación ó el desarrollo completo de las doctrinas y prácticas de la Iglesia romana, sino solamente las semillas ó gérmenes de donde, en tiempos posteriores, han salido estas doctrinas y prácticas; en otras palabras, que la transubstanciación, el culto de pinturas é imágenes, la idolatría, las oraciones á los santos, el culto de reliquias, el sacrificio de la misa, la doctrina del purgatorio, la de las indulgencias, la de la supremacía romana y todas las demas doctrinas y prácticas distintivas de aquella Iglesia, se hallan ahora en un estado muy diferente del que tenían en la Iglesia primitiva, que ahora se han extendido, ensanchado y desenvuelto, al paso que entonces existían solamente en la semilla ó el germen; que ahora constituyen la parte mas esencial de sus doctrinas, al paso que en los tiempos primitivos estaban encubiertas, invisibles, desconocidas y no creídas sino por unos pocos iniciados. El hecho es que los progresos de la crítica histórica han puesto de manifiesto lo falso de la pretensión de que sus doctrinas y prácticas son idénticas á las de la Iglesia primitiva y aniquilado el argumento que en esta pretensión se fundaba.

JOSÉ HERNÁNDEZ Y ORTEGA.

OCHO GUERRAS DE EMANCIPACION. (1)

En el trascurso de solo 22 años han ocurrido en varios países nada menos que ocho guerras que han dado por resultado el planteamiento de la libertad religiosa en el pueblo que ha sido teatro de la lucha.

Primera. En el año de 1848 el Piamonte hizo la guerra al Austria y fué vencido por su poderoso enemigo. ¡Qué desastre para el Piamonte! esclamaban en todas partes. Mas no fué así. Sobre el campo de batalla en que fué derrotado su ejército obtuvo una bendición cien veces mayor que la que hubiera podido adquirir con una victoria. Obedeciendo á móviles desconocidos hasta hoy, los austriacos se abstuvieron de pasar el *Ticino* y respetaron la independencia del pueblo que los había atacado, mientras que el representante de la casa de Saboya, el rey del Piamonte, humillado por su derrota, otorgó á sus súbditos una Constitución en la que quedaron consignadas la libertad civil y la religiosa: esta última en consideración á los valdenses que durante muchos siglos habían sufrido por su fé.

Segunda. La guerra de Crimea introdujo la tolerancia religiosa en Turquía. La pena de muerte á la que se condenaba á los que se hacían cristianos quedó abrogada, y no solo se vende hoy públicamente la Biblia en los bazares de Constantinopla, sino que también se distribuye en la Turquía asiática, en los lugares mismos que ocuparon las siete iglesias que se mencionan en los capítulos primero y segundo del Apocalipsis de San Juan.

(1) Este artículo, traducido del inglés, lo debemos á la amabilidad de una fiel amiga que hace años viene interesándose por la obra evangélica en España. Que Dios la bendiga por sus nobles y constantes esfuerzos y la conceda la dicha de ver que sus trabajos y abnegación cristiana no han sido estériles en este pueblo que ella tanto ama. (La Red.)

Tercera. El resultado de la rebelion en las Indias británicas fué la libertad de conciencia que se concedió á todos sus habitantes. El cristianismo fué proclamado religion del Estado, pero se concedió á todo indio el derecho que antes no tenia de repudiar su casta, renunciar á sus ritos y abrazar el Evangelio si así lo tenia por conveniente.

Cuarta. Avanzando mas hácia el Oriente nos encontramos con los imperios de la China y del Japon protegidos por baluartes inmemoriales á cuya sombra se abrigan la idolatría y el despotismo. La guerra los derribó abriendo las puertas de esos dos pueblos para que en ellos penetraran la Biblia y los misioneros. Motivos hay para que nos admiremos de la rápida marcha de la libertad. Desde los Alpes hasta las costas del Japon se ha adelantado «el Rompedor» abriéndose ancho paso por medio de regiones sumidas en las tinieblas de la idolatría, «quebrantando las puertas de acero, desmenuzando los cerrojos de hierro (1) y dejando una espaciosa via para el que trae alegres nuevas, que publica salud y que dice á Sion: Tu Dios reina.» (2)

Quinta. En el año de 1859 acaeció el gran hecho de la independencia italiana. Vertióse la primera sangre en Montebello y un mes mas tarde terminó la matanza con la horrible batalla de Solferino. Pero de aquel ensangrentado campo de batalla brotó tambien una bendicion, la misma que hemos notado en las cuatro guerras anteriores. La Biblia penetró por la brecha que hizo el cañon de Solferino, y desde entonces el Evangelio recorre el suelo de Italia desde los Alpes al Adriático.

Sesta. Existia al otro lado del Atlántico un terrible sistema de esclavitud que, arraigándose mas y mas cada dia, amenazaba seriamente tanto á la libertad como al cristianismo del Nuevo Mundo. Mas hé aquí que de repente llegó el mensajero del Dios de los ejércitos con la mision de cavar la sepultura del sistema que iba corrompiendo á la jóven América. La matanza fué horrible como nunca la habia presenciado el mundo; pero las cadenas de cuatro millones de negros quedaron pulverizadas, la esclavitud fué abolida, y ahora purificada en su bautismo de sangre esta gran nacion prosigue su noble carrera primitiva de la que por un tiempo se desviara.

Sétima. En 1866 declaróse la guerra entre Austria y Prusia. La campaña duró nueve dias; pero en tan corto tiempo se realizó la obra de muchos siglos. ¡Qué terrible fué el desastre de Sadowa, y sin embargo en Sadowa rompió Austria el yugo de la corte romana y encontró con un gobierno constitucional la libertad religiosa! El Concordato que la ligaba á Roma quedó roto, Austria entró en la gran confederacion de los Estados libres y el mismo cañon que anunciaba su derrota proclamaba tambien la resurreccion de las iglesias de Bohemia y Hungría, las cuales obtuvieron los derechos civiles que por tanto tiempo se les habian negado.

La revolucion de España acaeció en 1868 y la caída de la dinastía reinante fué el complemento de la derrota del Austria. Con la ayuda de la poderosa España consiguió Roma vencer en el siglo XVI; ella fué quien la protegió al Occidente mientras que Austria la guardaba al Oriente, y ahora ambas dejan á Roma espuesta á las agresiones de sus enemigos.

Octava. Llegamos á la última guerra, la de 1870, que ha asombrado al mundo con la importancia de sus hechos asombrosos. La caída del imperio francés ha sido tan repentina como completa, sin que sea este el mas notable acontecimiento de esta guerra colosal. La caída del imperio no ha sido mas que un medio para conseguir un fin mas alto, cual es la destruccion de la soberanía temporal del Papa. El rey de Prusia guerreo contra el emperador de los franceses, y el rey de Sion declaró la guerra al Pontífice de Roma. La ruina del Papa que fué quebrantado, «pero no con mano,» (3) no podia conseguirse sin la ruina del imperio fran-

cés, y el imperio francés se desplomó. Este es el resultado mas notable de esta guerra, si no para el mundo que opine segun lo que vé y es temporal, á lo menos para los que juzgan de las cosas que pertenecen al dominio del espíritu. El acontecimiento que señalamos es el mas notable de nuestra época, si ya no lo es de los diez últimos siglos.

Con el primer regimiento italiano que penetró en Roma penetró tambien la Biblia; y el que tuvo el privilegio de entrarla primero era un romano desterrado de su ciudad natal que se habia ocupado en vender Biblias durante el tiempo de su espatriacion. Al pasar por la primera puerta de Roma con la vanguardia del ejército libertador no llevaba su mano armada con una espada ó un *chassepot*, sino con una Biblia que levantó en alto; simbolo de la victoria espiritual que aun todavia era necesario obtener en una ciudad en donde la esclavitud temporal no era mas que la imagen de la servidumbre moral en que gimen sus habitantes.

Aun vive la Roma espiritual «madre y maestra» de todas las tiranías que han caído sobre Europa; pero la espada del espíritu la matará.

Motivos hay para temer que bajo esta forma el Papado siga desafiando los poderes de Europa; mas esta lucha á muerte dará conocer á las naciones que no fué el Papado temporal sino el espiritual su verdadero opresor.

Para concluir diremos que nuestra época presencia el espectáculo que ninguna época ha contemplado. El Evangelio es predicado en el mundo entero: no conocemos un Estado de alguna importancia en donde no se lea la Biblia ó no se predique el Evangelio.

El hombre hace uso de la guerra para edificar ó consolidar tiranías; Dios se sirve de ella para establecer la libertad. Los reyes de la tierra empuñan la espada para forjar cadenas con que sujetar á los pueblos y Dios se sirve de sus espadas para abrir las puertas de las prisiones. Tal ha sido en particular la mision de la última guerra cuyos ecos han conmovido al mundo y siguen conmoviéndolo todavia. El primer cañonazo disparado sobre el Rhin resonó en el Tíber, y á su estampido se hundi6 el trono de los Papas. Las paredes de la cárcel interior del mundo quedaron demolidas y la luz divina empezó á resplandecer en las tinieblas que un dia disipará por completo. (1)

DISCURSO

acerca de la infalibilidad, pronunciado en Roma por monseñor Strossmayer.

(Continuacion.)

No soy un protestante insolente. ¡No, y mil veces no!

«La historia no es católica, ni anglicana, ni calvinista, ni luterana, ni arminiana, ni ultramontana. Es lo que es, es decir, algo mas poderoso que todas las confesiones de fé y que los cánones de los Concilios ecumenicos.»

Declamad contra ella si lo osais, pero no podeis destruirla como podriais derribar el coliseo porque arrancáseis uno de sus ladrillos.

Si he dicho algo que la historia prueba ser falso, mostrádmelo con la historia y sin titubear un solo momento lo retractaré. Mas tened paciencia que aun no he dicho todo lo que quiero y puedo decir; y aunque estuviera la fúnebre hoguera aguardándome en la plaza de San Pedro no por eso me callaria; y así, prosigo.

Monseñor Dupanloup, en sus célebres *Observaciones acerca del Concilio del Vaticano*, ha dicho y con razon, que si declaramos á Pio IX infalible debemos necesariamente sostener que todos sus predecesores lo han sido tambien.

(1) Es casi inútil que digamos que la guerra, cualquiera que sea su resultado ha sido, es y será una cosa odiosa y odiada. Dios se sirve de ella como se sirve del mal, que aborrece, para hacer algun bien á los pobres mortales; pero en si misma la guerra es maldita y todos los cristianos deben elevar á Dios fervientes plegarias para que desaparezcan esas repugnantes matanzas, verdadera deshonra del género humano. (La Red.)

Pero, venerables hermanos, aquí la historia levanta su voz con autoridad para asegurar que varios Papas han errado.

Podeis protestar contra esto y aun negarlo, pero yo os lo probaré.

El papa Víctor (192) aprobó el montanismo y despues le condenó.

Marcelino (296-303) fué un idólatra. Entró en el templo de Vesta y ofreció incienso á la diosa. Puede ser que me digais que fué un acto de debilidad, pero yo responderé que un vicario de Jesucristo primero muere que apostata.

Liberio (358) consintió en la condenacion de Atanasio é hizo profesion de arrianismo para poder volver de su destierro y ser instalado de nuevo en su silla.

Honorio (625) se adhirió al monotelismo. El padre Gratry lo ha demostrado hasta la evidencia.

Gregorio I (578-90) llama Ante-Cristo á cualquiera que se discierna el título de *Obispo universal*.

Pascual II (1088-1099) y Eugenio III (1145-1153) autorizaron el desafío; Julio II (1509) y Pio IV (1560) lo prohibieron.

Eugenio IV (1431-39) aprobó el Concilio de Basilea y la restitucion del cáliz á la Iglesia de Bohemia, y Pio II revocó la concesion.

Adriano II (867-872) declaró válido el matrimonio civil; Pio VII (1800) lo condenó.

Sixto V (1585-1590) publicó una edicion de la Biblia, y por una bula recomendó su lectura; Pio VII condenó su lectura.

Clemente XIV (1700-21) abolió la orden de los jesuitas, permitida por Paulo III; Pio VII la restableció.

Mas ¿para qué buscar pruebas tan remotas? Nuestro Santo Padre aquí presente, en la bula en donde dá reglas para este Concilio, y en la eventualidad de que muriese mientras dura este, ¿no ha revocado todo lo que en los tiempos pasados sea contrario á este Concilio aun cuando procediese de sus predecesores?

Y seguramente, si Pio IX ha hablado *ex-cátedra*, no es porque desde lo profundo de su sepulcro imponga su voluntad sobre los soberanos de la Iglesia. Nunca concluiría, venerables hermanos, si tuviera que mencionarlos todas las contradicciones en que han incurrido los Papas en su enseñanza.

Si proclamais ahora la infalibilidad del Papa actual debeis demostrar ó que los Papas no se han contradicho nunca, ó que el Espíritu Santo os ha revelado que la infalibilidad del Papado data solamente de 1871, lo que seria una inaudita temeridad.

Puede ser que los pueblos se muestren indiferentes á las cuestiones teológicas, que no comprenden, y de las cuales no pueden ver la importancia; pero aunque se muestren indiferentes con los principios no lo son con los hechos.

Pues bien, no os engaños á vosotros mismos; si decretais el dogma de la infalibilidad, los protestantes, nuestros adversarios, subirán á la brecha con tanta mas intrepidez cuanto que tienen la historia de su lado, mientras que nosotros no tenemos mas que nuestra denegacion.

¿Qué podremos decirles cuando nos muestren todos los obispos de Roma desde Lucas hasta Su Santidad Pio IX?

¡Ah! Si todos hubiesen sido como Pio IX triunfáramos en toda la línea; pero no es así. (*Gritos de ¡silencio! ¡silencio! ¡basta! ¡basta!*)

No me interrumpais, monseñores. Temer á la historia es confesaros derrotados; y ademas, aunque hiciéseis pasar toda el agua del Tiber por encima de la historia no podriais conseguir borrar una sola de sus páginas.

Dejadme hablar y seré lo mas breve que pueda en este importantísimo asunto.

El Papa Vigilio (538) compró el Papado á Belisario, lugarteniente del emperador Justiniano. Y lo cierto es que no cumplió su promesa porque jamás le pagó.

(1) Salmo cvii, vers. 16.

(2) Isaías, Lii, vers. 7.

(3) Daniel, ii, 34.

¿Es esa una manera canónica de alcanzar la tiara? El segundo Concilio de Calcedonia condenó formalmente su conducta. En uno de sus cánones podeis leer «que el obispo que obtenga el episcopado con dinero lo perderá y será degradado.»

El papa Eugenio III (1145) imitó á Vigilio. San Bernardo, la lumbrera resplandeciente de su tiempo, reprendió á aquel Papa, diciendo: «¿Podeis enseñarme en esa gran ciudad de Roma alguno que os hubiese recibido por Papa si de antemano no le hubiesen dado dinero?»

Venerables hermanos: el Papa que establece un banco á la puertas de la Iglesia, ¿estará inspirado por el Espíritu Santo? ¿Tiene derecho alguno para enseñar infaliblemente á la Iglesia?

Conoceis la historia de Formoso tan bien como yo para que tenga necesidad de mencionarla. Estéban VI hizo que desenterraran su cuerpo, vestido con los hábitos pontificales, hizo que le cortaran los dedos de los cuales se había servido para echar bendiciones, y despues lo mandó arrojar al Tíber declarando que había sido un Papa perjuro é ilegítimo. Entonces el pueblo metió en prision á Estéban, lo envenenaron y lo estrangularon.

Romano, sucesor de Estéban, y despues de él Juan X, rehabilitaron la memoria de Formoso.

Pero vosotros me direis: «Esas son fábulas, eso no es histórico.» ¡Fábulas, decís, monseñores! Pues id á la biblioteca del Vaticano y leed Platina, historiador del Papado, y ademas los anales de Baronio. (A. D. 897.)

Todos esos son hechos que por el honor de la Santa Sede deseáramos ignorar; mas cuando se trata de definir un dogma que puede provocar en medio de nosotros un gran cisma, el mismo amor que tenemos hácia la venerable madre la Iglesia católica, apostólica y romana, ¿podría imponernos el silencio?

Prosigo.

(Se continuará.)

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

SOBRE EL PADRE NUESTRO.

P. ¿Quién ordenó la oracion del Padre nuestro?

R. El mismo Cristo, á petición de los apóstoles.

P. ¿Para qué?

R. Para enseñarnos á orar.

P. ¿Cuántos artículos contiene esta oracion?

R. Seis: los tres primeros pertenecen al honor de Dios, y los otros tres nos conciernen directamente y son para nuestro bien material y espiritual.

P. ¿Qué cosa es orar?

R. Levantar el corazón á Dios para darle gracias y pedirle mercedes.

P. ¿Por qué nos enseña el Señor á llamarle Padre?

R. Para que tengamos la seguridad de que lo es. Cuando se trata de orar, Dios se designa con un nombre que no revela mas que dulzura y gracia para que nos lleguemos á su presencia con toda seguridad.

P. ¿Y podemos llegarnos á Dios con la misma confianza que un hijo se llega á su padre?

R. Sí, y aun con la seguridad de que Dios nos concederá cuanto le pidamos, si así nos conviene. Porque si un padre dá á su hijo el alimento y cuanto necesita, mucho mas Dios, que es la bondad misma, nos dará cuanto nos haga falta. Pero todo es menester pedirselo en el nombre de Cristo, porque en Cristo nos ha adoptado para que seamos sus hijos.

P. Decíme como dá principio el Padre nuestro.

R. «Padre nuestro, que estás en los cielos.»

P. ¿Por qué decís «Padre nuestro,» en vez de «Padre mio?»

R. Porque Dios quiere que como buenos hermanos pidamos todos para todos.

P. Cuando decimos «Padre nuestro,» ¿con quién hablamos?

R. Con Dios nuestro Padre.

P. ¿Dónde está Dios nuestro Padre?

R. En todo lugar, por esencia, presencia y potencia.

P. ¿Cómo está por esencia?

R. Porque está dando el ser á todas las cosas.

P. ¿Cómo está por presencia?

R. Porque nada hay oculto á sus divinos ojos.

P. ¿Cómo está por potencia?

R. Porque se extiende su poder á todas partes.

P. Entonces, ¿por qué decís que está en los cielos?

R. Decir que está en los cielos equivale á llamarle Altísimo, Poderosísimo, Incomprensible.

P. ¿Y por qué se le llama así?

R. Para que aprendamos á elevar á los lugares altísimos nuestros pensamientos y no nos imaginemos que Dios es casual ó limitado, ni que podemos sujetarlo á nuestra voluntad. Debemos adorar con humildad su magestad gloriosa y saber que tiene un poder ilimitado para concedernos lo que pedimos.

P. ¿Y Cristo en dónde está?

R. En el cielo, como ya lo hemos dicho, y en donde quiera que dos ó tres están reunidos en su nombre.

P. ¿Qué pedimos diciendo «santificado sea tu nombre?»

R. Que sea tenido en reverencia y alabado de tal modo que las obras de Dios aparezcan siempre gloriosas, como lo son en realidad.

P. ¿Qué pedimos diciendo «venga tu reino?»

R. Que el Señor multiplique de día en día el número de sus fieles, y que de día en día multiplique sus mercedes para ellos hasta que estén llenos de su Santo Espíritu: que el Señor haga que de día en día resplandezca mas su verdad y brille mas su justicia hasta que la iniquidad quede del todo confundida y llegue el día en que Él, como lo tiene prometido, sea todo en todos.

P. ¿Qué pedimos diciendo «sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así tambien en la tierra?»

R. Que la hagan los hombres alegre, entera y prontamente como las criaturas celestiales.

P. Vengamos á la segunda parte de la oracion dominical: ¿Qué pedimos diciendo «danos hoy nuestro pan cotidiano?»

R. Le pedimos cuanto nos es necesario para nuestro cuerpo y nuestra alma.

P. ¿Por qué le pedimos para hoy limitadamente?

R. Para quedar obligados á pedir lo mismo mañana y para enseñarnos á no desear mas que lo que requieren nuestras verdaderas necesidades.

P. Pero esta oracion siendo comun á todos los hombres, ¿cómo pueden los ricos que poseen bienes en gran cuantía, pedir su pan cotidiano?

R. Porque es menester que los ricos sepan que sus riquezas de nada les sirven á menos que el Señor de quien todo bien procede, no les conceda su uso y permita que les sean de provecho.

(Se continuará.)

LA ESPERANZA DEL CRISTIANO.

«Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere seremos semejantes á Él porque le veremos como Él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en Él se purifica, como Él tambien es limpio.» (1.ª Epístola de San Juan, III, 2 y 3.)

La suprema esperanza del Hijo de Dios es que un día contemplará á su divino Salvador tal y como es en realidad.

Hubiéramos deseado contemplarle y verle en los días de su carne en el establo en Betlelem, cuando hablaba con la samaritana, delante del sepulcro de Lázaro, en todas las circunstancias de su vida. Y sin embargo, ¡cuánto hubiéramos sufrido al contemplarle, unas veces abandonado, otras perseguido y por último crucificado! Ahora esperamos verle triunfante y glorioso á la diestra de su Padre y nuestro Padre.

Esperamos verle. Ya le hemos visto en la naturaleza, en la Biblia, en la alegría y en el dolor; pero aun no le hemos visto como Él es. Juan que le había seguido á todas partes, escribe que aun no le había visto en su conjunto. Lo mismo nosotros; lo mismo las diferentes fracciones del cristianismo. Unos no ven mas que su muerte sangrienta, otros no contemplan mas que su vida de abnegacion; aquí solo se ha visto al Dios, allí solo se ha contemplado al hombre. Es que todos miran como al través de un vidrio; ninguno le ha visto todavía como Él es; pero esperamos que al fin le veremos y todas las diferencias desaparecerán y todas las notas formarán una sublime, divina armonía.

Quien tiene esta esperanza se purifica porque Él es puro. A medida que le vamos viendo vamos procurando imitarle. La esperanza de que un día le contemplaremos frente á frente, nos inspira el deseo de pedir á Dios que nos dé fuerza para purificarnos mas. ¡Alma inmortal que aspiras á la cantidad! Adelante noblemente por el camino del bien, gime y llora sobre tus caídas; pero no te desesperes si no llegas inmediatamente á realizar tu ideal, tú lo realizarás un día; entretanto procura crecer en el conocimiento de Cristo é irás progresando en la santidad. Tu esperanza te hará pedir y Dios te dará las fuerzas para seguir esperando y realizando el bien.

MEDITACION.

«Amo á Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas.» (Salmo CXVI, ver. 1.)

Para comprender las palabras del Salmista con que encabezamos esta meditacion necesario es haber leído antes el Salmo CXXX, y para poder repetir las con toda verdad, es decir, para poder esclamar «amo á Jehová,» es necesario haber sentido antes el execrable peso del pecado.

«Amo á Jehová:» así dice el cristiano que se ha visto alejado de la casa paterna, perdido en el desierto de una vida sin Dios y envuelto en la lúgubre oscuridad del pecado. Así dice el pecador que ha llorado sobre su culpa y pedido á Dios que le perdone por los méritos de Cristo. «Bienaventurados son los que lloran, porque ellos serán consolados.»

«Amo á Jehová,» dice el hombre que nace de nuevo, porque El me ha amado desde antes de la fundacion del mundo. Feliz el hombre que con el apóstol Pedro, puede decir: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo.» Los que estas líneas lees ¿podeis decir lo mismo que Pedro? Si Jesús pasara cerca de vosotros y os preguntara, «me amas» ¿qué responderiais?

Para contestar afirmativamente es necesario estar convencido de que Dios os ha visto cuando derramáis lágrimas de arrepentimiento, que Dios os ha oído cuando deciais: «sé propicio á mí que soy pecador.» ¿Habeis pronunciado esas palabras y habeis vertido esas lágrimas? ¿Habeis oído la voz de Dios diciendo á vuestro espíritu por medio de su Espíritu: «tus pecados te son perdonados; tu fé te ha salvado; eres mi hijo adoptado en Cristo? En ese caso podeis repetir con el Salmista: «Amo á Jehová.»

¿Y por qué no habeis de oír su voz? El os llama continuamente para que tengais vida; Jesús está á la puerta de vuestro corazón deseando que le abrais para que recibais con su presencia la paz, la felicidad y la vida eterna. Vosotros nada podeis hacer para salvaros mas que tener confianza en el amor y fidelidad de Dios que todo lo puede, y que quiere mas que nadie vuestra salvacion. Vosotros podeis pedir á Dios que ablande vuestro corazón para que le recibais por huésped, ¡huésped divino! á Jesús el Salvador, y Dios os lo otorgará con amor. Y en cambio de esa oracion que nada os cuesta, recibireis la vida, la verdadera vida, la vida eterna, y el poder decir: «Amo á Dios.»

La vida sin el amor de Dios, es una triste vida; el amor de Dios en el corazón, hé aquí lo que tranquiliza, lo que idealiza las afecciones, lo que dilata las alegrías, lo que hace que la sonrisa asome sobre los labios aun cuando las lágrimas bañen el rostro.

«Amo á Jehová.» Haga El que vuestra boca pronuncie esta palabra y que vuestra alma se asocie á ella cuando la pronuncies.

LA NIÑA MENDIGA.

La pobre niña llora,
Llora sus males,
No tiene quien la auxilie
Ni quien la ampare.
¡Alma del alma!
Si el mundo te abandona
Jesús te ama.

Por las calles llorosa
Vas mendigando,
«Un ochavo, suspiras,
No hay un ochavo.»
¡Amor, tú faltas!
¡Caridad, estás muerta,
Ay, y enterrada!

El uno te rechaza,
La otra te afrenta,
Niña cuitada, aprende,
Lo que es la tierra.
Sí, el egoísmo
Los corazones llena
Con el vacío.

Yo te ví una mañana,
Ibas llorosa,
Densa bruma entoldaba
La azul atmósfera.
¡Nada de nadiel
Te sentaste en el suelo,
¡Ay! y lloraste.

Dios bueno, Dios clemente,
¿Cómo permites
Que haya seres que pasen
Vida tan triste?
Tu quien es sabes,
Dála lo que no niegas
Ni aun á las aves.

Por las calles pasea
Y á veces canta:
Las almas bondadosas
Van siendo raras.
Nadie la escucha;
«Al hospicio, al hospicio,»
Dicen algunas.

Estrellitas del cielo,
Cuando ella pase,
Oradla bondadosa
La sien de plata.
Solo vosotras:
No tiene otras amigas,
No tiene otras.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

LA MORIBUNDA.

Un pastor evangélico escocés que ha consagrado su vida á socorrer las miserias temporales y morales de los desgraciados, se retiraba á su casa una noche á una hora bastante avanzada despues de haber ejercitado su pasmosa actividad durante el día. La noche estaba oscura y por mas que el camino le fuera conocido, llegó un momento en que ya no sa-

bia absolutamente en dónde se encontraba. Sin saber qué hacerse echó las riendas sobre el cuello de su caballo, y se dejó llevar allí donde le condujera la Providencia.

Despues de haber errado un buen rato por aquellos campos deshabitados, el animal se detuvo por fin delante de la puerta de una alquería. Llamó el pastor pidiendo hospitalidad y le abrieron la puerta. Penetró en una sala y vió á un sacerdote católico, que administraba la extrema-uncion á la dueña de la casa que estaba casi espirando.

El pastor presenció el acto sin pronunciar una sola palabra, y cuando se hubo retirado el sacerdote romano, se aproximó al lecho de la moribunda y le preguntó si sentía su alma en paz en aquel supremo momento de la muerte. Respondióle ella que no. Entonces el pastor le anunció la salvacion gratuita por los solos méritos de Cristo. El Señor tocó el corazón de la enferma, quien aceptó el divino mensaje de la divina misericordia. Poco despues murió; pero su muerte fué una muerte triunfante y gloriosa en Jesús, su Salvador. Despues de haber presenciado esta asombrosa escena, el pastor buscó su caballo y consiguió llegar á su casa. Al llegar dijo á su mujer que le aguardaba: «He visto esta noche cosas maravillosas; he encontrado en una alquería á una mujer en su estado natural; la he visto despues en estado de gracia, y acabo de dejarla en la gloria.»

VIDA Y OBRA DE MARTIN LUTERO.

Llegado que fué Lutero á Vittemberga, se dirigió al convento de los Agustinos en donde se le tenía destinada una humilde celda. Su mision se redujo por algun tiempo á enseñar la física y la dialéctica cosa que hacia con alguna repugnancia, por creerse llamado á explicar, no las sentencias de Pedro Lombardo, sino las verdades contenidas en la santa Biblia. Para conseguir su propósito solicitó algunos meses despues de su llegada á Vittemberga el grado de bachiller en teología y lo obtuvo en marzo de 1509.

Todos los días á la una de la tarde explicaba Lutero los salmos: sus lecciones tuvieron un éxito inmenso. Estudiantes, frailes, catedráticos, todos confundidos y todos llenos de gozo escuchaban aquellas lecciones tan nuevas y tan fecundas en grandes pensamientos. Sin embargo, la base de su doctrina no era otra que la salvacion por gracia espuesta por el gran apóstol Pablo. Un fraile que le escuchaba un día disertar acerca de doctrina tan capital dijo: «ese fraile acabará por reformar la Iglesia entera, porque solo se apoya sobre Dios, los profetas y los apóstoles.» Aun mas profunda fué la emocion del pueblo cuando por primera vez predicó Lutero en la iglesia de los Agustinos. No subió al púlpito porque á él le llamara el deseo de darse á conocer, ni porque ansiara captarse el favor popular; fué mas bien á ruegos del vicario general de su orden, el piadoso Staupitz. Estaba este deseoso de ver al jóven profesor ocupando la cátedra del Espíritu Santo, y fueron tantas sus instancias que Lutero por complacerle accedió á ellas, pero con un temor y una desconfianza que revelaban el vivo sentimiento que tenia de su insuficiencia para tan alta y sublime mision. «Ah, señor doctor, le decía Lutero, si hago lo que me pedís me quitareis la vida; no podré aguantar esta carga tres meses seguidos.» A esto contestaba Staupitz: «Que así sea en el nombre de Dios, que el Señor tiene necesidad allá arriba tambien de hombres hábiles que le pertenezcan de todo corazón.»

Dotado de una memoria feliz, de un profundo conocimiento de su lengua alemana, y sobre todo de una piedad sincera y ardiente, su predicacion cautivaba á cuantos venian á escucharla. Tal fué la fama que adquirió como predicador, que Federico el Sábio vino una vez á Vittemberga tan solo por oírle hablar.

Al año siguiente (1510), ocurrió que los Agustinos tuvieron que enviar á Roma á un representante de su orden para orillar ciertas dificultades que

se habian suscitado entre unos conventos y el vicario general. La eleccion no era dudosa; nadie mejor que Lutero podia desempeñar cumplidamente la mision que se le encomendaba; así es que partió de Vittemberga para la ciudad del Papa con el asentimiento de todos los Agustinos de su convento. ¡Cuán provechosa fué para el pobre fraile alemán su corta estancia en Roma! Cuando despues de un viaje penoso en el que estuvo á punto de perder la vida á consecuencia de una grave enfermedad, sus ojos apercibieron á lo lejos la ciudad de las siete colinas, la metrópoli del cristianismo, su corazón latió con fuerza inusitada y sin poder contener la emocion que le dominaba cayó de rodillas exclamando: «Salve, Roma sancta.» Pero ¡ay! que Roma no era tan santa como se la figuraba el sencillo fraile sajón.

El trono pontificio lo ocupaba entonces el belicoso Julio II, aquel Papa que al saber la derrota de sus armas por las francesas prorumpió en un terrible juramento y se volvió hácia la Suiza diciendo: «Santo Suiza, ruega por nosotros» dando á entender con estas palabras que pensaba recurrir á los soldados de ese país para continuar una guerra que principiaba con tan malos auspicios.

El clero estaba mas corrompido que su jefe. Las mas altas dignidades eclesiásticas llamadas por su posicion á dar buen ejemplo á sus subordinados se mofaban públicamente de las cosas santas con gran escándalo de Lutero que habia creído encontrar en Roma, en cada uno de sus cardenales y obispos, el tipo de la fé y de la santidad. Cuál no debió ser su asombro al oír un día en una comida a un prelado que contaba á sus colegas que en vez de las palabras sacramentales que en la misa se pronuncian, solía él decir cuando consagraba el pan y el vino: «*Panís es, et panís manebis; vinum es, et vinum manebis*» «Pan eres y pan quedarás, vino eres y vino seguirás siendo.» Y todos escuchaban esto y ninguno se escandalizaba, á escepcion de Lutero. La verdad es que Roma es segun los antiguos y modernos historiadores, un foco de corrupcion y escándalo. «Uno de los mayores síntomas, ha escrito Maquiabelo, de la próxima ruina del cristianismo (que él confundía con el catolicismo romano) es que cuanto mas cerca se hallan los pueblos de la capital de la cristiandad, tanto menos espíritu cristiano reina en ellos. Los ejemplos escandalosos y los crímenes de la corte de Roma, son causa de que Italia haya perdido todo principio de piedad y todo sentimiento religioso.»

Lutero estaba afligido en su alma de lo que oía y veía, y sin embargo aun era romano de todo corazón. Un día quiso ganar una indulgencia plenaria concedida por el Papa á cuantos subiesen de rodillas la escalera llamada de Pilato, y el pobre fraile sajón se mortificaba trepando por aquellos escalones; cuando creyó oír una voz que le decía: «El justo vivirá por la fé.» Inmediatamente comprendió su locura en querer ganar el cielo á fuerza de mortificaciones, y abandonó aquel lugar de ridícula supersticion. De Roma salió el futuro reformador con unas cuantas ilusiones perdidas, pero en cambio se habia fortificado en su idea (que es la de Dios tambien) que solo por la fé se justifica el pecador, y habia adquirido nociones de hebreo, lengua que tan necesaria debia serle algunos años despues para la traduccion al alemán de la Santa Escritura.

Una sola vez habia oído predicar á Lutero el elector de Sajonia, Federico el Sábio, y tan prendado habia quedado de su saber y su elocuencia, que bastó una ligera indicacion de Staupitz para que él se encargara de todos los gastos que se ocasionaran tomando Lutero el grado de doctor en teología. No quería este presentarse á exámen porque lo árduo de la empresa le espantaba; pero el vicario Staupitz que siempre se encontraba en su camino para decidirle en los grandes momentos de su vida, suplicó, instó é hizo por último valer su poderosa autoridad. «Haced, le dijo, lo que os pide vuestro convento, y lo que yo mismo, vuestro vicario general os mando, porque habeis prometido obedecernos.» Toda réplica era ya inútil, y en 1512 Lutero obtuvo el diploma de doctor en teología.

La cátedra y el púlpito ocupaban su vida hasta entonces dulce y sosegada.

Sus meditaciones y oraciones le confirmaban mas y mas cada dia en el gran principio de la justificacion por la fé, base como él decía, del edificio evangélico. «Tu eres mi justicia, oh Cristo, repetía con frecuencia, y yo soy tu pecado. Toma lo que es mio y dame en cambio lo que es tuyo.» Todos sus sufrimientos morales y sus dudas que los motivaban habian desaparecido. Le parecía que una voz divina repetía sin cesar para que él las oyera estas consoladoras palabras: «Tus pecados te son perdonados: por la fé vivirá el justo.» De esta doctrina se alimentaba el humilde fraile sin que se diera cuenta aun del hondo abismo que ya en aquella época le separaba de Roma. El se creía romano cuando en realidad era protestante. La Reforma es Dios puesto en lugar del hombre, la Santa Escritura en vez de las tradiciones, la interpretacion de Roma sustituida por la interpretacion individual bajo la influencia del Espíritu divino; y desde el momento en que esto se profesa ó se practica se han roto los lazos que nos unian con la Iglesia romana por mas que sigamos por un tiempo llamándonos hijos suyos. En este caso se encontraba Lutero. Habiendo admitido la autoridad soberana de las Escrituras y el dogma de la justificacion por la fé sola sin las obras de la ley, estaba separado de la Iglesia del Papa. La Reforma ya estaba virtualmente hecha; solo faltaba una ocasion para que fuera pública, y esta se presentó con la predicacion de las indulgencias.

(Se continuará.)

ESPERANZA.

Esperanza risueña,
Vida del mundo,
Corazon que no habitas
Es un sepulcro.
¡Querido huesped!
Tu reanimas las almas
Cuando se mueren.

Quando al rayar el dia
Yo me levanto,
Pregunto: ¿Está ya ahí ella?
¡Si está esperandol
Me dicen. Luego
Yo la abrazo y nos vamos.
¡Es mi embelesol!

No me abandones nunca
Santa esperanza,
Sé mi padre y mi madre,
Sé tú mi hermana;
Sé mas que eso,
Sé la mano de Cristo
Dándome el cielo.

A. SANCHEZ DEL REAL.

UN PROBLEMA.

Un joven aventajado en las ciencias, y muy especialmente en las matemáticas, despues de haber tomado el grado de doctor, se estableció en un pueblecito en donde tambien vivia un fiel y celoso ministro del santo Evangelio. Poco tiempo despues de su instalacion en el pueblo, tuvieron ocasion de conocerse y de estimarse recíprocamente. Con frecuencia salian á pasear juntos, y una tarde antes de separarse, dijo el cristiano á su joven amigo. He oido hablar de vuestra aficion por las matemáticas, y deseo presentaros un problema para que tengais la bondad de resolverlo. Hélo aquí, añadió con un tono solemne: «¿Qué aprovechará al hombre si granjeara todo el mundo, si llega á perder su alma?»

El estudiante volvió á su casa triste y preocupado, y se esforzó, aunque en vano, en borrar de

su alma la impresion que en ella habian causado las palabras del pastor. En medio de sus distracciones, de sus negocios y sus estudios, el problema se presentaba á su mente, y esta circunstancia tan sencilla fué el medio de su conversion.

EL ARZOBISPO CARRANZA.

(Continuación.)

La habitacion que ocupaba el arzobispo no era ni alegre, ni cómoda, ni ventilada, porque aunque la casa era grande las piezas que se le habian asignado eran las peores, porque se habian cuidado de escoger las mas retiradas y separadas de toda comunicacion. Hasta tal punto estaba incomunicado, que por aquellos dias hubo un formidable incendio en la ciudad que abrasó mas de cuatrocientas casas y sumerjió en la miseria á la mitad de la poblacion, y el arzobispo, no solo no oyó los alaridos y la confusion que se origina en semejantes casos, sino que ni aun tuvo noticia del suceso que solo supo en Roma. Se quejó del mal trato que sufría; pero el fiscal del Santo Oficio presentó informe de que la casa era buena, grande y sana. La casa era grande en verdad, pero las habitaciones del arzobispo no podian ser peores de lo que eran. El médico y el boticario del Tribunal dijeron lo mismo que el fiscal: que la casa era una de las mejores de Valladolid; que la habia habitado el inquisidor general y arzobispo de Toledo, cardenal de Loaysa: estas fueron las razones que dieron. Esto podia ser cierto; pero la queja de Carranza no por esto dejaba de ser justa, pues solo tenia dos habitaciones sin ventanas á la calle ni al campo, para él, su compañero religioso y su paje. La insalubridad de la habitacion y la falta de ejercicio hicieron enfermar al arzobispo de calenturas que le debilitaron extraordinariamente. Los inquisidores no se apiadaron por esto: bien es verdad que tenian miedo de que concediéndole mas amplitud y mas holgura pudiese hacer conocer al rey y al Papa la verdad de su situacion y del estado de la causa. Nada hubiera importado, sin embargo, que el rey hubiera tenido exacto conocimiento de ella, pues ya Valdés le habia prevenido en contra y le habia hecho creer que el arzobispo era verdadero hereje.

El inquisidor general habia sostenido contra Carranza que se hallaba autorizado para delegar en otros su autoridad; pero varios consejeros votaron lo contrario. Valdés acudió al Papa y este confirmó las facultades que le habia dado su antecesor Paulo IV de subdelegar en personas constituidas en dignidad eclesiástica. Pero habiendo los jueces árbitros declarado justas las causas de recusacion presentadas por el arzobispo la autorizacion del Papa no pudo surtir efecto, por lo cual este espidió un nuevo breve en el cual daba por válido todo lo actuado hasta aquella fecha siempre que fuese conforme á derecho, y autorizando al rey para que nombrase jueces que prosiguiesen la causa hasta la sentencia definitiva. Los inquisidores quisieron dar tal amplitud al breve, que supusieron que el Papa les habia concedido autorizacion para pronunciar sentencia, lo que obligó á aquel á dirigirlos un nuevo breve en que les decía que sustanciases el proceso hasta su conclusion, pero que no le sentenciase.

Felipe II usó de las facultades que le concedió el Papa nombrando juez á D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, arzobispo de Santiago, con poderes para subdelegar. Con este motivo y por la amistad que habia entre los dos, Carranza sufrió algun alivio en su prision, pues se le mudaron los guardas y fué objeto de otras pequeñas atenciones. Se concedieron al arzobispo cuatro abogados defensores, Martin de Alpizcueta, ó sea el famoso doctor navarro, Alonso Delgado, el doctor Santander, arcediano de Valladolid y el doctor Morales, abogado de la chancillería de la misma ciudad. Los dos primeros estaban autorizados para hablar con el ar-

zobispo, pero nada pudieron hacer porque no viendo como no vieron el proceso, no pudieron hacer mérito de la falta de pruebas habida en las declaraciones de los testigos.

Para examinar las obras no calificadas y aun parte de las que lo estaban se nombró á fray Diego de Chaves, religioso dominico y confesor del desgraciado príncipe D. Carlos, á fray Juan de Ibarra, franciscano, á fray Rodrigo de Vadillo, benedictino y á fray Juan de Azoloras, monje gerónimo, los cuales calificaron de heréticas algunas de las proposiciones incluidas en las obras del arzobispo, aunque no eran suyas, sino pertenecientes á otros autores, y otras de próximas á herejía y capaces de producirla. Al arzobispo le calificaron de sospechoso con sospecha vehemente.

El doctor navarro Martin de Alpizcueta espuso al rey la multitud de agravios que se le hacian y se le habian hecho sufrir al arzobispo. Pidió que se remitieran á Roma los autos con la persona del presunto reo, y todo esto en medio de las mas elevadas consideraciones.

(Se continuará.)

NOTICIAS VARIAS.

El domingo 3 del corriente se ha inaugurado en Madrid una nueva capilla. Demos gracias á Dios por este nuevo beneficio. Tiempo hacia que algunos convertidos del distrito de las Peñuelas, que así se llama el barrio donde se ha establecido la nueva casa de oracion, venian pidiendo que se fundase allí un templo. Las Peñuelas es un arrabal al Sur de Madrid y enteramente fuera de sus puertas, al lado opuesto del distrito en que se encuentra la capilla del Limon. Casi junto al local está la gran fábrica de cigarros de esta corte, donde trabajan cinco mil mujeres, la mayor parte de ellas madres de familia.

Esta sola circunstancia demuestra lo conveniente que ha sido establecer allí la capilla, al pié de ese gran taller, en el corazon de ese barrio donde viven esas pobres mujeres, fanáticas unas, indiferentes la mayor parte de ellas, y todas ignorantes del plan de Redencion y de lo que significa el Cristo Crucificado para la humanidad pecadora.

El Comité de Madrid conocia todas estas circunstancias, y tiempo hacia que procuraba en vano derramar allí la buena semilla: los recursos escaseaban, y era difícil atender á las obligaciones ya contraídas.

Ultimamente, el reverendo Sr. William Moore, celoso por la prosperidad del Evangelio en nuestra patria, se dirigió á su iglesia de Irlanda, que le dió orden para alquilar una magnífica casa y establecer en ella cultos y escuelas. Así se ha hecho, y como decimos, el dia 3 á las ocho y media de la noche se inauguró el local, que desde las cinco de la tarde estaba lleno de gente.

El siempre inspirado pastor D. Antonio Carrasco hizo aquella noche la predicacion y visible fué el auxilio que le prestó el Espíritu Santo. El predicador, sin vulgarizar el Evangelio, manteniéndose siempre al nivel de su ilustracion, supo descender hasta encontrar la inteligencia de su auditorio y explicar de una manera tan clara y sencilla como elocuente, lo que significaba la palabra protestante, por qué habia protestantes en el mundo y cuál era la mision de los que habian venido á España á continuar la protesta de Lutero.

Era preciso hacer esta historia á un pueblo desorientado por completo en las cuestiones religiosas, y á quien se enseña diariamente desde el púlpito, que los protestantes han venido á España á destruir la religion cristiana. No podemos reseñar el discurso del Sr. Carrasco: nos falta espacio para ello, y nos concretamos á decir que este orador sagrado pronunció un discurso que hizo tanto bien á los neófitos como á las personas ilustradas que allí estaban.

El local es una magnífica casa de dos pisos que acaba de construirse: en uno de los lados del piso bajo se ha colocado la capilla, y toda la parte alta se ha destinado á escuelas de niños de ambos sexos, que deben inaugurarse el día 19, y en donde hay espacio cómodo para 300 educandos.

Esta nueva misión, aunque unida á las demás obras del Comité de Madrid, está bajo la inmediata dirección del Sr. Moore, representante de la Iglesia de Irlanda, que exclusivamente hace todos los gastos que ocasiona. El Sr. Moore es bien conocido en Madrid: hombre de mucha fé, severo en sus costumbres, activo y entusiasta, y con una laboriosidad que le recomienda como utilísimo obrero, sabrá utilizar todos los elementos y buenas circunstancias que la bondad de Dios ha puesto en sus manos para que le sirvan como uno de sus buenos auxiliares.

Otro nuevo culto se celebra en las inmediaciones de Madrid. Looado sea Dios que vá preparando los corazones para que reciban la Palabra divina. Uno de nuestros buenos amigos, D. Manuel Plácido Hernandez, sabia con harto pesar suyo que en la parte Norte de esta capital existe un arrabal llamado Dehesa de la Villa ó Huerta del Obispo, cuyos habitantes están, puede decirse, en la mas completa ignorancia religiosa. Para ver de anunciarles el Evangelio de Cristo se dirigió á dicho lugar, y con gozo observó la buena disposición en que se encontraban, no solo las autoridades si que tambien muchos hombres del pueblo, algunos de los cuales parece que ya habian asistido alguna que otra vez á las capillas evangélicas. Pero dejemos la palabra al mismo Sr. Hernandez.

«Viéndolos deseosos de escucharme, escribe á un amigo, comprendí que «Dios habia escogido lo nécio del mundo para avergonzar á los sábios,» y me decidí á dar á Dios un culto en espíritu y en verdad, el cual se verificó el domingo pasado, 10 del corriente. Fué, como obra de Jesucristo hecha con la mayor religiosidad, y yo, el mas humilde de todos los cristianos, he obtenido el éxito mas completo que podia esperar; y con el favor de Dios pude explicar no «con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del espíritu y de poder» á 81 personas que no conocian el Evangelio, las cuales quedaron gozosas y deseando que llegue el próximo domingo.»

La sala donde se ha anunciado el Evangelio, cedida para este objeto por un cristiano, puede contener de 80 á 90 personas; pero estas no teniendo donde sentarse han tenido que hacerlo en el suelo.

El Sr. Hernandez desea que de las diferentes capillas que hoy existen en Madrid le presten los pastores y encargados de ellas algunos bancos para que los que asisten al culto gocen de alguna comodidad.

Estamos casi seguros que el Comité madrileño de la Union evangélica contribuirá por su parte en cuanto le sea posible á esta buena obra que principia bajo tan favorables auspicios.

Damos las gracias al Sr. Hernandez por su cristiana actividad y nos alegramos en el alma de ver que los cristianos de Madrid procuran propagar sus doctrinas y compartir con otros pecadores las riquezas espirituales de Cristo que Dios en su amor ha derramado en abundancia sobre ellos. ¡Gloria á Dios!

Un telegrama de Tejas (Méjico), fecha 24 de agosto, dice que un sacerdote católico de Morelia llamado Cervero, predicó un sermón contra la tolerancia religiosa y lo hizo en términos tales que sus oyentes determinaron atacar á los protestantes. Sabedoras del caso las autoridades pusieron preso al sacerdote en la cárcel pública, de donde quisieron sacarlo por fuerza algunos romanos. Las tropas federales se opusieron y se originó un motin del que resultaron muchos muertos y heridos.

Véase á qué escesos arrastran á los fanáticos

algunos curas intolerantes. Comprendemos que un ministro del Evangelio aconseje á sus feligreses que prefieran morir á renunciar á su fé si á ello se les obliga; pero que les inciten á sacrificar sus vidas por defender el principio de la intolerancia religiosa, tan opuesto al espíritu del Evangelio y tan atentatorio á los derechos sagrados de la conciencia, esto sí que no se comprende á menos de admitir una perversión completa del ser moral del individuo.

De un periódico que dá noticias de la romería verificada en Cervera en honor de San Ramon Nonnato, tomamos lo siguiente:

«Acudió un gentío bastante numeroso: unas personas por devoción, otras por curiosidad y paseo; pero se conoce que habia el intento de convertir la fiesta en una manifestación carlista, por los vivas que se dieron al Terso, si bien se vieron contestados por vivas á la libertad por parte de la población que acudió á presenciar el desfile de la procesion que salió de esta de Cervera.

De regreso, y al pasar por la calle Mayor, los manifestantes volvieron á gritar ¡viva el Papa-rey! y otra vez se les contestó con vivas á Mazzini, á Victor Manuel y á la libertad, viéndose por segunda vez burlada la falange carlista.

Llegaron á la parroquia y el cura párroco les dirigió la palabra, encargándoles no se dejasen arrastrar por las diabólicas corrientes políticas liberales de hoy día; cuyas palabras fueron contestadas con otro viva al Papa-rey, á su vez contestado tambien por los liberales que allí habia con nuevos vivas á Victor Manuel, á Amadeo y á la república, perdiendo la iglesia desde entonces el carácter de tal, pues parecia un club desenfrenado por el vocerío y desconcierto que reinaba, gracias á la prudencia del clero cervariense.

El día de San Magin, otro predicador tambien tuvo la audacia de decir que debia levantarse una cruzada para ir á libertar á Pio IX y devolverle su trono, y que al frente de ella se pondria el obispo de la Seo de Urgel.

De este modo, explotando el fanatismo religioso que aun se conserva por desgracia, darán algun día un trastorno que todos lamentaremos.»

El día de San Ramon parece que estaba destinado por los curas para dar grandes escándalos. Hé aquí en qué términos dá cuenta un corresponsal de *La Constitución* de lo ocurrido en Tárrega en ese día:

«TÁRREGA 2 de setiembre de 1871.

El 31 de agosto pasado, día de San Ramon Nonnato, fué el designado por los partidarios nuevos del niño Terso para hacer una manifestación político-religiosa en San Ramon, pueblo que dista unas dos horas de Cervera, en conmemoración del reinado de Pio IX; segun dicen, á dicha manifestación concurrieron 72 procesiones de todos los pueblos circunvecinos, llevando varios estandartes y banderas, alguno de los primeros con las armas del Pontificado.

En dicha manifestación no escasearon los vivas á Pio IX, Papa-rey, y á su soñado Carlos VII.

La procesion más numerosa que concurrió á San Ramon fué la de esta, que se componia de 300 ó 400 personas, las dos terceras partes mujeres, y estaba capitaneada por 11 ó 12 curas, uno de ellos mas papista que el Papa y mas inquisidor que Torquemada. Un lance muy desagradable pasó en esta cuando regresaron de su escursión. Unos cuantos espectadores no quisieron quitarse las gorras; el cura antes citado se acercó á uno de ellos pidiéndole se descubriese; advirtiéndole el interpelado que no pasaba ninguna imagen, sino hombres con alforjas y mujeres con cestas, y no accedió á sus deseos. Prosiguió la comitiva su interrumpida marcha hasta la iglesia parroquial, en donde se cantó una Salve; concluida esta, el cura, sin duda fogoso porque no habia podido lograr su intento, tomó la palabra vituperando á todos aquellos que no se descubrieron y á los que veian con disgusto ó se burlaban de su procesion, concluyendo por hacer rezar un Padre nuestro á la gente nea para que Dios ilumine á esos corazones desgraciados, haciéndoles volver á su buen camino.

Exasperados como estaban los ánimos, un pa-yés prorumpió en un grito de ¡viva Pio IX! siendo contestado por la mayor parte del auditorio con su correspondiente ¡viva! Como si este viva hubiese sido la señal, siguieron otros dos; uno pronunciado por el cura á la Santa Sede, y el otro por un notario al Papa-rey. A estos dos últimos vivas, parte del auditorio, que era liberal, contestó: «afuera,» y

hubo alguno que, segun ellos dicen, contestó: «muera.» El escándalo fué muy grande; de modo que convirtieron la iglesia en un club, y á no haber intervenido la autoridad, hubiera tenido fatales consecuencias. Gracias á Dios no hemos tenido que lamentar ninguna desgracia.»

El miércoles 6 de los corrientes se celebró la primer reunion de todas las congregaciones de Madrid en la nueva capilla establecida en el barrio de las Peñuelas, y que como en otro lugar decimos está bajo la inmediata dirección del Sr. Moore. A pesar de lo tempestuoso de la noche y de la distancia á que se encuentra aquel local, la concurrencia fué tanta que estaban ocupados todos los asientos del templo. Grande es nuestro placer al hacer público este hecho, que nos prueba que ya hay cristianos en Madrid á quienes nada detiene cuando se trata de oír la Palabra de Dios y darle gracias por sus beneficios.

La necesidad cada dia creciente de encontrarse maestras de primera enseñanza para las escuelas cristianas que están fundándose en España, ha decidido á uno de nuestros hermanos en la fé que se dedica á la dirección de dos escuelas, á establecer una clase para preparar á las señoras que gustan dedicarse á la enseñanza de las niñas. Las lecciones se darán de noche para que las que tienen ocupaciones durante el dia puedan atender á ellas. Las clases se abrirán tan pronto como se hayan reunido doce aspirantes por lo menos. Por nuestra parte, recomendamos á todas las jóvenes que se encuentren con ánimos para emprender esa noble profesion, que acepten el generoso ofrecimiento que hoy se les hace de enseñarlas con esmero hasta dejarlas aptas para el desempeño de ese ministerio. Sabemos cuán difíciles á una mujer en nuestra patria encontrar medios honrosos para ganarse la subsistencia: millares de jóvenes y mujeres buscan con afán donde ganarse un modesto sustento que no encuentran; otras trabajan dia y noche sin descanso para lograr un miserable jornal que no les basta para cubrir sus mas apremiantes necesidades; pues bien, á esas jóvenes y mujeres se les ofrece una profesion digna por todos conceptos, y ejerciéndola tendrán un porvenir seguro, aunque modesto. Esperamos que serán muchas las que seguirán nuestro consejo. Para ingresar en los estudios basta con que la aspirante sepa solo leer. Las clases serán de siete á nueve de la noche.

El miércoles próximo 20 del actual, á las ocho y media de la noche, se reunirán para orar las congregaciones de Madrid en la iglesia del Redentor, calle de la Madera, núm. 8, y el miércoles 27, á la misma hora, en la sala evangélica de la calle de la Libertad.

El gran acontecimiento del dia en Milan, es el descubrimiento que acaba de hacerse en la catedral, de la tumba que encierra los restos mortales de los santos Ambrosio, Gervasio y Protasio.

Y supuesto que se trata de esos santos venerados como tales por la Iglesia de Roma, nos parece conveniente indicar que la iglesia ambrosiana tuvo durante algunos siglos una disciplina, una liturgia y un culto que diferian en muchos puntos de la regla que los Papas han hecho prevalecer posteriormente.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.